

diente del hambre mordía todas las entrañas. Morían los hombres, y sus huesos quedaban sin tumba como su carne. Los flacos devoraban á los flacos. Hasta los perros acometían á sus amos, todos, excepto uno; y este fué fiel al cadáver, ahuyentando con sus aullidos á los animales y á los hombres hambrientos, hasta que desfallecieron de hambre ó hasta que los atrajo el cebo de los muertos que caían. El no fué en busca de alimento, sino que, gimiendo lastimeramente, lanzando gritos de desconsuelo, murió lamiendo la mano que no le contestaba con una caricia. La multitud pereció poco á poco de hambre; pero en una enorme ciudad sobrevivieron dos hombres, y eran enemigos. Se encontraron junto al rescoldo moribundo de un altar, donde se había amontonado una porción de cosas santas para un uso profano. Las recogieron, y con sus frías manos de esqueletos escarbaron tiritando las cenizas, y su débil hálito trató de encender allí un poco de vida, y produjo una llama que era una irrisión. Entonces, cuando hubo alguna claridad, alzaron los ojos y se miraron á la cara; se vieron, gritaron y murieron. Murieron horrorizados de su propia estampa.»

IV

Entre esos poemas desenfundados y fúnebres, que vuelven sin cesar y obstinadamente sobre el mismo asunto, hay uno más imponente y más elevado, *Manfredo*, hermano gemelo del poema más grande del siglo, del *Fausto* de Goethe. «Lord Byron ha tomado mi *Fausto* (decía Goethe), y le ha hecho suyo. Ha empleado los resortes motores de él á su manera, para su fin

propio, de suerte que ninguno de ellos es ya el mismo; y por esta razón, principalmente, me produce su genio la mayor admiración.» En efecto; la obra era original. «Yo no he leído nunca el *Fausto* de Goethe (escribía Byron), porque no sé alemán; pero Matthew Monk Lewis, en 1816, me tradujo en Coligny la mayor parte de viva voz, y, naturalmente, me impresionó mucho. Con todo, el Steinbach, el Jungfrau y alguna otra cosa me han hecho escribir *Manfredo*, mucho más que *Fausto*.»—«La obra ha sido tan completamente renovada (añadía Goethe), que sería una tarea interesante para un crítico mostrar, no sólo las alteraciones, sino sus grados». Hablemos, pues, de ella detenidamente: se trata aquí de la idea dominante del siglo, expresada en términos que revelan el contraste de dos maestros y de dos naciones.

Lo que constituye la gloria de Goethe es que en el siglo XIX ha podido hacer un poema épico; quiero decir: un poema en que obran y hablan verdaderos dioses. Eso parecía imposible en el siglo XIX, puesto que la obra propia de nuestra edad es la consideración depurada de las ideas creadoras y la supresión de las personas poéticas en que no dejaron nunca de figurar las otras edades. De las dos familias divinas, la griega y la cristiana, ninguna parecía capaz de volver á entrar en el mundo épico. La literatura clásica había arrastrado en su caída á los maniqués mitológicos, y los antiguos dioses dormían en su viejo olimpico, adonde sólo podían ir á despertarlos la historia y la arqueología. Los ángeles y los santos de la Edad Media, igualmente extraños y poco menos lejanos, yacían en la vitela de sus misales y en los nichos de sus catedrales; y si algún poeta, como Chateaubriand, intentaba introducirlos en el mundo moderno, no conse-

guía más que rebajarlos al oficio de decoraciones de sacristía y de tramoyas de ópera. La credulidad mítica había desaparecido por el acrecentamiento de la experiencia; la credulidad mística había desaparecido por el acrecentamiento del bienestar. El paganismo, en contacto con la ciencia, se había reducido al reconocimiento de las fuerzas naturales; el cristianismo, en contacto con la moral, se reducía á la adoración del ideal. Para divinizar de nuevo las potencias físicas, hubiese sido preciso que el hombre volviese á ser un niño sano como en tiempo de Homero. Para divinizar de nuevo las potencias espirituales, hubiese sido preciso que el hombre volviese á ser un niño enfermo como en tiempo de Dante. Pero era adulto y no podía tornar hacia las civilizaciones y las epopeyas, de donde la corriente de su pensamiento y de su vida le había alejado para siempre. ¿Cómo mostrarle sus dioses, los dioses modernos? ¿Cómo revestírselos de una forma personal y sensible cuando él precisamente ha tendido y ha llegado á despojarlos de toda forma personal y sensible? En vez de dejar á un lado la leyenda, á ella vuelve Goethe. Elige por tema una historia de la Edad Media. Atenta, piadosamente, sigue las añejas costumbres y la añeja creencia. Un laboratorio de alquimista, un libro mágico, jolgorios de aldeanos, de estudiantes ó de borrachos, el sábado en el Brocken, la misa en la iglesia: cree uno ver un grabado concienzudo y minucioso del tiempo de Lutero; nada se omite. Los personajes celestes aparecen en las actitudes consagradas, según el texto de la Escritura, á la manera de los antiguos misterios. Allí está el Señor con los ángeles, luego con el diablo que va á pedirle permiso para tentar á Fausto, como en otro tiempo tentó á Job. Allí está el cielo como se le figuraba San

Francisco y le pintaba Van Eyck, con los anacoretas, las mujeres santas y los doctores, los unos en un paisaje de peñas azuladas, los otros por encima en el aire sublime, alrededor de la Virgen gloriosa, ordenados por regiones y flotando en coros. Goethe extrema la afectación de ortodoxia hasta el punto de inscribir debajo de cada uno su nombre latino y su nicho en la Vulgata (1). Y precisamente esa fidelidad le proclama escéptico. Se ve que si resucita el vetusto mundo, es como historiador, no como creyente. No es cristiano más que por recuerdo y poesía. En él, el espíritu moderno se desborda con cálculo del vaso estrecho, en que por cálculo parece encerrarse. Tras el narrador asoma el pensador. A cada instante una expresión deliberada que parece involuntaria, abre, tras los velos de la tradición, las perspectivas de la filosofía. ¿Qué son esos personajes sobrenaturales, ese Dios, ese Mefistófeles y esos ángeles? Su sustancia va disolviéndose y reformándose de continuo para mostrar y ocultar alternativamente la idea que la llena. ¿Son abstracciones ó personas? Ese Mefistófeles revolucionario y filosófico que ha leído *Cándido* y se burla cínicamente de las potencias, ¿es otra cosa á veces que «el espíritu que niega»? Esos ángeles «que se recrean en la rica belleza viva, á quienes la trama incesante del ser viene á envolver en los suaves lazos del amor, que fijan en pensamientos estables el vapor ondulado de las cambiantes apariciones, ¿son otra cosa, por un instante al menos, que la inteligencia ideal, capaz, por la simpatía, de amarlo todo, y por las ideas, de comprenderlo todo? ¿Qué diremos de ese Dios, al pronto

(1) *Magna peccatrix*, S. Lucae, VII 36.—*Mulier Samaritana*, S. Johannis, IV.—*Maria Aegyptiaca*. (Acta Sanctorum), etc.

* No es cierto siempre hablo con profundo respeto del que
transcurre. Faltaba tanto de dolor en aquellos
cuando de haber como de haberlos como en
un momento de entusiasmo, del cual confieso al fin
del siglo XIX y un momento de la infamia

bíblico y personal, que poco á poco se deforma, se desvanece, y retrocediendo á las profundidades, abismándose detrás de las magnificencias de la naturaleza viva y de los esplendores del arrobamiento místico, se confunde con el inaccesible absoluto? Así se desarrolla el poema entero, acción y personajes, hombres y dioses, antigüedad y Edad Media, conjunto y pormenores, siempre en el límite de dos mundos: el uno sensible y figurado, el otro inteligible y sin formas; uno que comprende las exterioridades móviles de la historia ó de la vida, y toda esa floración coloreada y perfumada que la Naturaleza prodiga en la superficie del ser; otro que contiene las profundas potencias generadoras y las invisibles leyes fijas por cuya virtud llegan á la luz del día todos esos vivientes. En fin, ahí están nuestros dioses; nosotros no los disfrazamos ya, como hacían nuestros antepasados, de ídolos ó de personas; los percibimos tales como son, y no necesitamos para eso renunciar á la poesía ni romper con el pasado. Permanecemos de rodillas ante los santuarios donde durante tres mil años ha orado la humanidad; no arrancamos una sola rosa de las guirnaldas con que coronó á sus divinas madonas; no apagamos una sola de las lámparas que amontonaba en las gradas de su altar; contemplamos con placer de artistas las preciosas urnas donde, entre los labrados candelabros, los soles de diamantes y los ornamentos resplandecientes, ha difundido los más puros tesoros de su genio y de su corazón. Pero nuestro pensamiento va más allá que nuestros ojos. Para nosotros, en ciertos instantes, esos ropajes, esos mármoles, todo ese esplendor vacila; no son ya más que bellos fantasmas; se disipan como humo, y al través y detrás de ellos descubrimos el impalpable ideal que erigió esos pilares, iluminó

esas bóvedas y se cernió durante siglos sobre la muchedumbre arrodillada.

Comprender la leyenda y comprender también la vida: he ahí el objeto de esa obra y de toda la obra de Goethe. Cada cosa, bruta ó pensante, vil ó sublime, fantástica ó tangible, es *un grupo de potencias*, cuyos elementos y coordinación puede reproducir en sí mismo el espíritu por el estudio y la simpatía. Reproduzcámosle y démosle en nuestro pensamiento un nuevo ser. ¿Por ventura una comadre como Marta, necia y bachillera, ó un borracho como Frosch, vocinglero y sucio, y los demás figurones holandeses, son indignos de entrar en un cuadro? Aun aquellos monos que hacen hervir la marmita de la bruja con sus gritos roncros y su imaginación destornillada, valen la pena de que el arte los reanime. Dondequiera que está la vida, aun bestial ó maniaca, está la belleza. Cuanto más se mira la naturaleza, más divina parece, divina hasta en sus peñas y sus plantas. Ved esos bosques: parecen inertes; pero las hojas respiran y la savia sube insensiblemente, al través de los macizos troncos y las ramas, hasta las ramillas extendidas á lo último como dedos abiertos; circula por henchidos canales, rezuma en formas vivas, difunde profusamente en el aire que fermentan los vapores y los perfumes; ese aire luminoso, esa bóveda de verdor, esa larga columnata de troncos, ese suelo silencioso trabajan y se transforman, cumplen una obra; y el corazón del poeta no tiene más que escucharlos para descubrir una voz en sus instintos oscuros. Hablan en ese corazón; más aún: cantan, y los demás seres hacen lo mismo; cada uno con su melodía distinta, corta ó larga, extraña ó sencilla, única apropiada á su naturaleza, capaz de manifestarla por en-

tero, bien así como un sonido, por su timbre, su altura y su fuerza, manifiesta la estructura interior del cuerpo que le produce. El poeta respeta esa melodía; evita alterarla con la mezcla de sus ideas ó de su acento; todo su empeño es conservarla intacta y pura. Así se forma su obra, eco de la universal naturaleza, gigantesco coro en que los dioses, los hombres, el pasado, el presente, todos los momentos de la historia, todas las condiciones de la vida, todos los órdenes del ser vienen á concertarse sin confundirse, y en que el genio flexible del músico, que alternativamente se ha metamorfoseado en cada uno de ellos para interpretarlos y comprenderlos, no atestigua su pensamiento propio más que haciendo entrever, por encima de esa inmensa armonía, el grupo de leyes ideales de donde deriva y la razón interior que la sustenta.

Al lado de esa concepción tan alta, ¿qué es lo sobrenatural de Manfredo? Sin duda Byron se impresiona por las grandes cosas de la naturaleza: vuelve de los Alpes; ha visto esos glaciares que son «como un huracán congelado», esas cataratas formidables que ondulan por encima de los precipicios «como la cola del caballo pálido de la Apocalipsis»; pero no ha sacado de allí más que imágenes. Su bruja, sus espíritus, su Ahrimán, no son más que dioses de teatro. No cree en ellos más que nosotros. Cosa muy distinta se necesita para hacer verdaderos dioses: hay que creer en ellos; hay que haber asistido atentamente á su nacimiento, á ejemplo de Goethe, como filósofo y como sabio; se necesita haber visto otra cosa que su exterior. El que, sin dejar de ser poeta, se ha hecho naturalista y geólogo; el que ha seguido por las fisuras de las rocas las tortuosas aguas lentamente destiladas é

impelidas al fin por su propio peso hacia la luz, puede preguntarse, como antiguamente los griegos, al verlas serpentear y refulgir con sus tintas de esmeralda, qué es lo que pueden pensar, si piensan. ¡Qué extraña vida la suya, tan pronto violenta como reposada! ¡Qué distante de la nuestra! ¡Con qué esfuerzo necesitamos arrancarnos á nuestras pasiones complicadas y envejecidas para comprender la juventud y la sencillez divina de un ser emancipado de la reflexión y de la forma! ¡Cuán difícil es tal empresa para un hombre moderno! ¡Qué imposible para un inglés! Shelley y Keats se han acercado á ella, gracias á la delicadeza nerviosa de su imaginación enferma ó exuberante; pero ¡qué lejana es todavía esa aproximación! ¡Y cómo se comprende, al leerlos, que hubiesen necesitado, como Goethe, el auxilio de la cultura pública y la aptitud del genio nacional! Lo que la civilización entera ha desarrollado únicamente en el inglés es la voluntad enérgica y las facultades prácticas. Aquí el hombre, endurecido en el esfuerzo, concentrado en la resistencia, ligado á la acción, es poco á propósito para la especulación pura, la simpatía flexible y el arte desinteresado. En él la libertad metafísica ha perecido bajo el peso de las preocupaciones utilitarias y la idealidad panteísta bajo el peso de las preocupaciones morales. ¿Cómo haría para plegar su imaginación á los contornos múltiples y fugitivos de los seres, sobre todo de los seres vagos? ¿Cómo haría para salir de su religión hasta el punto de reproducir con indiferencia los poderes de la indiferente naturaleza? ¿Y quién más lejos de la flexibilidad y de la indiferencia que éste? El agua corriente, que en Goethe va amoldándose á todas las formas del terreno, y que se vislumbra en la lontananza sinuosa y luminosa al través

* Hermosa confesión: ¿qué moralidad puede enseñar el panteísmo? Si solo hay existencia la unidad de la sustancia un mundo Duy of things and the world are only in comparison?

de la dorada niebla que exhala, se ha congelado de pronto en Byron, y no forma ya más que una masa rígida de cristal. Aquí, como en otras obras, no hay más que un personaje, el mismo que en otras obras. Hombres, dioses, naturaleza, todo el múltiple y variado mundo de Goethe se ha desvanecido. Sólo subsiste el poeta, expresado en su personaje. Encerrado invenciblemente en sí mismo, no ha podido ver otra cosa que á sí mismo; si hace que concurren otros seres, es para que le hagan coro, y, al través de esa pretendida epopeya, ha persistido en su monólogo eterno.

Mas, por otro lado, todas esas potencias reunidas en un solo ser, ¡qué grande le hacen! ¡A qué mediocridad y vulgaridad se reduce á su lado el Fausto de Goethe! ¿Qué se hace de Fausto en cuanto se deja de ver en él la humanidad? ¿Es un héroe? ¡Triste héroe que, por toda obra, habla, tiene miedo, estudia los matices de sus sensaciones y se pasea! Su acción más saliente es seducir á una pobre muchacha é ir á bailar por la noche en mala compañía: dos hazañas que todos los estudiantes han consumado. Sus voluntades son veleidades; sus ideas, aspiraciones y ensueños. Un alma de poeta en una cabeza de doctor, una y otra ineptas para la acción y mal avenidas; discordia por dentro; debilidad por fuera; en resumen: falta el carácter: es un carácter de alemán. Al lado de él, ¡qué hombre Manfredo! Es un hombre; no hay palabra más bella ni que le pinte mejor. No será él quien, á la vista de un espíritu, «tiemble como un tímido gusano que se enrosca en el suelo». No será él quien lamentemente «no tener oro, ni bienes, ni honores, ni títulos en el mundo». No será él quien se deje burlar como un escolar por el diablo, ó quien vaya á re-

crearse como un badulaque en las fantasmagorías del Brocken. Ha vivido como jefe feudal, no como sabio graduado; ha combatido, ha dominado á los demás; sabe dominarse á sí propio.

Si se ha engolfado en las artes mágicas, no es por curiosidad de alquimista, sino por audacia de rebelde. «Desde mi juventud no ha marchado mi alma con las almas de los hombres, ni ha mirado la tierra con ojos de hombre. La sed de su ambición no era la mía. El objeto de su vida no era el mío. Mis alegrías, mis penas, mis pasiones me hacían extraño á ellos; yo tenía su forma, pero no simpatía con la carne viva... Yo no podía domeñar y doblegar mi naturaleza; porque el que quiere mandar, debe servir; debe acariciar, suplicar, acechar constantemente, insinuarse en todas partes, ser una mentira viviente, si quiere llegar á ser poderoso entre los viles, y tal es la gran masa; yo desdeñaba mezclarme en un rebaño de lobos, ni aun para guiarle... lo que á mí me agradaba era la soledad agreste para respirar el aire difícil de la cima helada de las montañas, donde no se atreven á construir las aves, donde no aletea el insecto sobre el granito sin hierba; para sumergirme en el torrente y girar en el rápido remolino de las encontradas ondas; para seguir de noche la móvil luna y la marcha de las estrellas; para mirar los relámpagos deslumbradores hasta que se ofuscasen mis ojos, ó contemplar, con atento oído, las hojas dispersas, cuando los vientos de otoño entonaban su canción de la tarde. Esos eran mis pasatiempos, y sobre todo estar solo; porque si me cruzaba en mi camino con los seres á que tengo el disgusto de pertenecer, me sentía degradado y rebajado hasta ellos, y no era ya más que arcilla.» Vive solo, y no puede vivir solo. El profundo

manantial del amor, privado de sus salidas naturales, se desborda entonces, asolando el corazón que no ha querido explayarse. Ha amado, amado demasiado, á persona demasiado cercana á él, quizá hermana suya; ella ha muerto á causa de ese amor, y el remordimiento impotente ha venido á llenar ese alma que ninguna ocupación humana había podido satisfacer. «Mi soledad no es ya soledad; se ha poblado de furias. He rechinado los dientes en las tinieblas hasta la vuelta del alba; luego me he maldecido hasta la puesta de sol. He pedido la locura como un beneficio; se me ha negado. He afrontado la muerte; pero, en la guerra de los elementos, las aguas se han apartado de mí, y las cosas mortales han pasado cerca de mí sin dañarme. La mano fría de un despiadado demonio me ha retenido por un solo cabello, que no ha querido romperse. En la fantasía, en la imaginación, en todas las opulencias de mi alma me he engolfado profundamente; pero, como una ola de reflujo, me han rechazado al abismo sin fondo de mi pensamiento. Habito en mi desesperación, y en ella vivo, y vivo por siempre.» Volver á verle otra vez: he ahí el único y omnipotente deseo hacia el cual afluyen todas las potencias de su alma. La evoca en medio de los demonios; ella aparece, pero no responde. ¡Con qué gritos, con qué dolorosos gritos de profunda angustia la suplica! ¡Cómo la ama! ¡Con qué vehemencia hierven y se desbordan todos sus oprimidos afectos á la vista de aquellos idolatrados ojos que vuelve á contemplar por última vez! ¡Con qué transporte extiende sus brazos convulsos hacia aquella forma delicada que sale temblando de la tumba, hacia aquellas mejillas en que la sangre enciende un rubor enfermizo «como el que enciende el otoño en las moribundas hojas!»—«¡Escúchame! ¡Es-

cúchame! ¡Astarte, amada mía, háblame! ¡He padecido tanto! ¡Tengo tanto que padecer aún! Mirame; esa tumba no te ha cambiado más de lo que he cambiado yo por ti. Tú me amabas demasiado, tanto como yo te amaba. No estábamos hechos para torturarnos uno á otro, aunque hubiese sido el pecado más mortal amarnos como nos hemos amado. Di que no sientes horror de mí; que yo sufro este castigo por los dos, que tú serás uno de los espíritus bienaventurados, y que yo moriré; porque hasta aquí todas las cosas odiosas conspiran por atarme á la vida, á una vida que me hace retroceder temblando ante la inmortalidad, ante un porvenir semejante al pasado. No sé ya lo que es reposo, no sé lo que pido ni lo que busco. Sólo sé lo que eres tú y lo que soy yo. Y, sin embargo, quisiera volver á oír la música de tu voz antes de perecer. Háblame, porque yo te he llamado en la noche silenciosa, yo he espantado á las aves dormidas en las mudas ramas, yo he despertado á los lobos de los montes y hecho familiar tu nombre á los ecos de las cavernas, que me respondían; muchas cosas me han respondido, espíritus y hombres, pero tú has permanecido siempre muda. Háblame; yo he corrido por la tierra, y jamás he encontrado tu semejante... Háblame, aun cuando sea con indignación. ¡Di una palabra, cualquiera que sea; pero que yo te oiga otra vez, una vez más!» Ella habla. ¡Qué triste y dudosa respuesta! Y cuando desaparece, los miembros de Manfredo se agitan convulsos; pero un instante después los espíritus ven que «se domina, y hace á su tortura esclava de su voluntad.»—«Si él hubiese sido uno de nosotros, hubiera sido un espíritu temible.» La voluntad: he ahí la base incommovible de aquel alma. No se ha doblegado ante el soberano de los espíritus;

ha permanecido erguido y sereno enfrente del trono infernal, entre los demonios desencadenados que querían desgarrarle; ahora que, al morir, le atacan, lucha y triunfa aún; «agonizando como está, con los labios blancos», permanece firme, los desafía y los aleja. «Tú no tienes poder sobre mí. Tú no me poseerás nunca. Lo que yo he hecho, hecho está; llevo dentro de mí una tortura á que la tuya no podría añadir nada. El alma, que es inmortal, se da á sí misma la recompensa ó el castigo de sus buenos ó malos pensamientos. Es por sí misma el principio y el fin de su mal. Es por sí misma su lugar y su tiempo. Su ser íntimo, cuando es despojado de esta mortalidad, no toma color de las cosas fugitivas de fuera, sino que permanece sumido en un sufrimiento ó en una alegría que nace de la conciencia de sus propios merecimientos. Tú no me has tentado; no eres tú el que hubiera podido tentarme. No he sido juguete tuyo, no soy tu presa. Yo he sido mi propio destructor, y lo seré aún en la vida que se acerca. ¡Atrás, demonios burlados! La mano de la muerte está sobre mí, pero no la vuestra...» El yo, el invencible yo, que se basta á sí mismo, sobre quien nada tiene acción, ni demonios, ni hombres, único autor de su bien y de su mal, especie de dios doliente y caído, pero siempre dios, á pesar de sus harapos de carne y á pesar del lodo y de las injurias de todos sus destinos: he ahí el héroe y la obra de ese espíritu y de los hombres de su raza. Si Goethe ha sido el poeta del *universo*, Byron ha sido el poeta de la *persona*, y, si el genio alemán ha encontrado su intérprete en el uno, el genio inglés ha encontrado el suyo en el otro.

V

Ya se adivina que los ingleses ponían el grito en el cielo, y renegaban del monstruo. Southey, poeta laureado, decía de él, en el estilo bíblico, que tenía algo de Moloch y de Belial, pero, sobre todo, de Satán, y, con una generosidad de colega, llamaba contra él la atención del gobierno. No habría papel bastante para transcribir las injurias estampadas «contra esos hombres (entiéndase: este hombre) de corazón viciado, de imaginación pervertida, que, forjándose un sistema de opiniones ajustadas á su triste conducta, se han rebelado contra las más santas disposiciones de la sociedad humana, y que, odiando esa religión revelada, cuya creencia no pueden desarraigarse enteramente de sí mismos, á pesar de todas sus jactancias y de todos sus esfuerzos, se afanan por decir á los demás tan miserables como ellos, inoculándoles un veneno moral que los corroerá hasta el corazón». Enfasis de oficio y pedantería de fámulo: en ese país la prensa ejerce funciones de esbirro, y jamás las ha ejercido más violentamente que entonces. La opinión ayudaba á la prensa. En Italia se vió á más de un *gentlemen* salir de un salón con su mujer, cuando anunciaban á lord Byron. A título de gran señor y de hombre célebre, el escándalo que daba era más ruidoso que ningún otro: era *a public sinner*. Un día un eclesiástico oscuro le envió una oración que había encontrado entre los papeles de su mujer, una mujer piadosa y encantadora, muerta recientemente, y que había pedido á Dios en secreto la conversión del gran pecador. La Inglaterra conservadora y protestante, después de un cuarto de siglo de